

Educar para la paz

Ángel Calvo

Misionero claretiano, natural de Becilla de Valderaduey (Valladolid), trabaja en el Sur de Filipinas desde 1972, año en que estalló el conflicto armado entre musulmanes y cristianos, en la región de Mindanao.



Manos Unidas/Javier Mármo

Mi primer contacto con el mundo musulmán fue al llegar a la isla de Basilan, una pequeña isla al sur de Mindanao (Filipinas), en el año 1972, apenas recién ordenado de sacerdote. Pronto nos dimos cuenta que detrás de lo exótico del paisaje y de sus habitantes se escondía una situación extremadamente compleja, con diversos grupos étnicos y religiosos en una situación de pobreza, abandono y explotación. A los pocos meses nos vimos envueltos en una situación de violencia y muerte que fue para nosotros nuestro bautismo de fuego. Grupos musulmanes rebeldes que tomaban tierras y poblados, encuentros y matanzas de civiles y militares. Muchas familias se vieron forzadas a abandonar sus tierras y refugiarse en escuelas públicas de los centros de población. No fue fácil para nosotros entender las razones de aquella situación trágica que nos despertó de nuestro ensueño misionero y nos forzó a hacer un análisis, buscar sus causas y, a la

Solamente desde una actitud de perdón se podrán construir los fundamentos sólidos de una esperanza de paz.

vez, cuestionarnos nuestra presencia misionera en medio de esta situación de enfrentamientos, prejuicios y odio creciente entre ambas comunidades. Entendimos que ser fieles a la misión suponía optar por caminos diferentes, buscar caminos de diálogo y reconciliación con la comunidad musulmana, y construir juntos caminos de paz y justicia, especialmente con las comunidades que intentaban volver a sus tierras después de varios años de abandono e inseguridad, con programas de rehabilitación que incluían la organización comunitaria para lograr la seguridad de sus tierras, la educación básica de niños y adultos, y otros servicios de ayuda, buscando soluciones a los problemas comunes que afectaban a ambas comunidades.

El diálogo interreligioso es el gran reto a la misión de la Iglesia en Asia, pero todavía algo muy reciente y, de hecho, no ha sido aún asumido como una necesidad esencial dentro de la comunidad cristiana. La mayoría de las familias -cristianas y musulmanas- han sido víctimas de actos de violencia, lo que refuerza cada vez más los prejuicios contra el otro, el rechazo y el odio. En este ambiente es muy difícil evocar una actitud de diálogo.

El *Movimiento por la Paz*, o simplemente *PAZ* (Peace Advocates Zamboanga) es una iniciativa de la Iglesia local para responder desde una postura auténticamente cristiana a la espiral de violencia y enfrentamiento que están viviendo las comunidades en Mindanao. El objetivo es presentar una alternativa a la cultura de violencia que llega a dominar la conciencia del pueblo. Nuestro trabajo intenta ofrecer una dimensión diversa, donde se concibe la paz como el centro del comportamiento humano y, sobre todo, de las relaciones comunitarias a todos los niveles. Una alternativa a todas las manifestaciones de violencia existentes en la sociedad, intentando reemplazarlas con nuevas estructuras sociales que motivan relaciones y procesos de convivencia y de paz. Se trata, por tanto, de una educación nueva, crear una nueva cultura, la cultura de la paz.

En este camino de diálogo, hemos formado un movimiento de Solidaridad por la Paz compuesto por líderes de todas las religiones y culturas (musulmanes, evangélicos, otras iglesias protestantes y grupos indígenas), cuyo fin es promover la cultura de la paz en las comunidades y presentar un signo de diálogo interreligioso en medio de las diferencias y prejuicios que siguen dominando; con la fe en un Dios vivo y misericordioso como nexo de unión, y con una actitud de reconocimiento y respeto mutuo, que está teniendo una respuesta muy positiva, sobre todo, entre los jóvenes.

Una cultura de la paz que implica una profunda motivación de reconciliación, reconociendo nuestras heridas y la violencia que unos y otros hemos causado a lo largo de nuestra historia. Porque solamente desde una actitud de perdón se podrán construir los fundamentos sólidos de una esperanza de paz. 